

ALEJANDRO

Sí, ya sabíamos... Mil y mil gracias, señor mío.

ARIMÁN

De nada. Al llegar del tren estuve en casa de usted, y un señor gordo y amable me dijo que aquí le encontraría.

DIÓSCORO

¿Un señor gordo? Mi hermano Pánfilo, que vive en el piso bajo... ¿Y trae usted el efectivo de la herencia?...

ARIMÁN

¿Cómo no? (Atenaida, que observa desde el cenador, se persigna.)

ALEJANDRO

¡Ah, mi pobre hermano! ¡Cuánto le amaba yo! Y él ¡qué bueno fué siempre para mí!

ARIMÁN

El bondadoso don Demetrio me honraba con su amistad. Lo heredado por usted asciende á un millón doscientos mil pesos, moneda corriente. Traigo letras del Banco Español del Río de la Plata. Ahora tendrá usted la bondad de venir conmigo al Consulado de la República Argentina, y cumplida la formalidad de identificar la persona, hoy mismo puede usted quedar en posesión de su dinero.

ALEJANDRO

Estoy á su disposición...; pero antes descansará usted un poco en mi casa.

DIÓSCORO

O en la mía.

ARIMÁN

Muchas gracias, señores; pero la visita al Consulado no debemos aplazarla. Designará usted dos personas que firmen como testigos en el acta notarial.

ALEJANDRO

Firmará mi amigo Dióscoro.

DIÓSCORO

El otro firmante puede ser mi hermano Pánfilo, á quien recogeremos en su casa.

ALEJANDRO

Pues vamos ya.

DIÓSCORO

Adelante. El Consulado no está lejos. (Dispónense á salir. Alejandro, aparte á Atenaida.) ¿Qué dices á esto, Atenaida?

ATENAIDA

Digo... que estoy aterrada.

ALEJANDRO

Aterrada... ¿de qué?

ATENaida

De la espantosa verosimilitud de las cosas absurdas.

ALEJANDRO

Pues adelante con lo absurdo. (Con Dióscoro y Arimán, sale por el jardín.)

ESCENA XII

ATENaida, CALIXTA, TEÓFILA, que han oído el final de la escena desde la puerta del hotel; después PROTASIA.

CALIXTA

¡Qué sorpresa! Ahora resulta que Alejandro es rico; parece cosa de magia.

TEÓFILA

(A la maestra, que está meditabunda dentro del cenador.) ¿Qué piensas de esto, Atenaida?

ATENaida

A lo que llamáis magia debemos dar otro nombre, otro nombre... (Vacilando, sin encontrar la palabra propia.) En la mascarada social la mentira se disfraza de verdad con arte diabólico, y nos engaña á todos y triunfa.

CALIXTA

Ahora que papá se ha ido, dejémonos de estudios y pasemos el rato alegremente.

TEÓFILA

(En actitud de baile.) Lección de Coreografía.

ATENaida

No, no; hay que dar la Aritmética.

TEÓFILA

¿Para qué nos vamos á meter en ese enredo de los números? Bailemos un tanguito.

CALIXTA

Tango, no: la jota, la jota. (Sale del palacio Protasia, y alelada contempla la movilidad juguetona de sus hermanas.)

ATENaida

Ven acá, Protasia. Ayúdame á enseñar á tus hermanitas la formalidad.

CALIXTA

(Bailando.) ¿Esa boba enseñarnos á nosotras?

ATENaida

Bobita y todo, os gana en obediencia y compostura. (A Protasia.) Ven aquí, hija mía; ¿qué hacías?

PROTASIA

(Con acento mimoso, acercándose.) Dar la lechuguita á mis grillos. Cuando sopla el viento fuerte cantan que se las pelan. ¿No los oísteis?

TEÓFILA

(Bailando.) Sí, ahora mismo los estamos oyendo. (Oyese lejano el canto de los grillos.)

CALIXTA

Riqui, riqui; raqui, raqui. (Adaptando estas sílabas al ritmo musical de la jota y al movimiento del baile.)

ATENAIDA

(Con autoridad.) Ea, niñas, se acabaron las bromas; os mando que tengáis juicio y que vengáis á mi lado.

CALIXTA

(Corriendo junto á Atenaida.) Maestra, tú nos has dicho que el canto de los grillos es el eco de los espíritus burlones.

PROTASIA

Los grillos, digo yo, con su canto gracioso, nos anuncian la felicidad.

TEÓFILA

¡Ay, qué tontería!

ATENAIDA

Mirándolo bien, en la opinión de Protasia hay un vislumbre de verdad. Todos los ruidos de la Naturaleza son notas de la armonía universal. Pero de esta armonía no llega á nosotros sino lo muy próximo, que es lo más sonoro y lo más gárrulo. El gallo, que con su kikiriki os cuenta las horas de la noche; los perros, que ladrarán ante sombras invisibles para nosotros; el trinar de los pajarillos, el rurú de las palomas; vuestras risotadas alegres cuando jugáis ó bailáis, son notas del concierto inmenso de los mundos que nunca están callados.

PROTASIA

Pues yo también soy nota. Cuando papá me riñe y me pongo á patalear y á dar chillidos, toco un instrumento, tururú, en esa orquesta de los mundos. (A Atenaida.) ¿Verdad, maestríta, que yo también toco?

CALIXTA

Sí, sí; tocas y desafinas.

PROTASIA

Vaya, que tú también... Buenas pitadas dais vosotras.

TEÓFILA

Cállate, simplona. ¿Tú qué sabes?

CALIXTA

Afinados ó no, los murmullos de la Naturaleza corresponden, según tú nos has dicho, á la suprema inteligencia que gobierna los mundos.

ATENAIDA

(Risueña.) La suprema inteligencia, chiquillas, está lejos, ¡ay!, muy lejos, y no se deja sentir en este mundillo miserable y desquiciado en que vivimos.

TEÓFILA

Según eso, ¿en este mundillo nuestro no gobierna la inteligencia?

ATENAIDA

No. Vivimos bajo el imperio de la superchería descarada. (Oyese muy intenso el canto de los grillos en el interior de la casa.)

PROTASIA

Y mis grillitos, ¿qué cantan ahora?

ATENAIDA

(Con gracioso humorismo.) Tus grillos cantan, sin saberlo, el himno de la Sinrazón triunfante.

ESCENA XIII

LAS MISMAS.—PÁNFILO, que entra por el jardín.

PÁNFILO

(Muy excitado, gesticulando como si hablase consigo mismo.) El hecho es cierto; lo he comprobado, ¡qué diantre! Estoy contento; digo, no, no.

ATENAIDA

¿Qué le pasa, don Pánfilo?

PÁNFILO

Decía que estoy contento, pero contrariado, muy contrariado. Sabrás que Alejandro ha tenido una herencia, una cuantiosa herencia.

ATENAIDA

¿Y eso le enfada?

PÁNFILO

Lo que me contraría no es la herencia, sino el no haber previsto yo suceso tan extraordinario. Créeme, Atenaida: todos los hechos que se escapan á nuestra previsión pueden resultar fallidos á la postre... ¡Si es increíble! ¡Si parece milagro!

ATENAIDA

Aunque sea milagro puede ser cierto.

PÁNFILO

La herencia de Alejandro será una solución favorable para los problemas de él y los de nuestra familia. (Cariñoso.) Dime, maestríta que todo lo sabe: ¿Tenías tú conocimiento de esa herencia?

ATENAIIDA

Lo presumía. Creo que Alejandro supo su buena suerte por la telegrafía sin hilos.

PÁNFILO

¡Ah! ¡La telegrafía sin hilos! Cosa muy buena; pero en muchas ocasiones ese invento defrauda la previsión humana. En fin, el fausto suceso es indudable; lo hemos comprobado en el Consulado de la Argentina... Ahora lo que falta es que tú, Atenaidita simpática y amable, te pongas á nuestro servicio, quiero decir, al servicio de nuestra familia.

ATENAIIDA

Ya lo estoy.

PÁNFILO

Me explicaré mejor. (Bajando la voz y llevándola aparte, mientras las chicas charlotean en el fondo.) Ya sabes, Atenaida, cuánto te estimo, ¡ay! Pues te decía que, para secundar nuestros planes, tú, con tu talento sutil y tu arte pedagógico, consigas que mi sobrina Protasia... no sea tonta. (Asombro de Atenaida.) Espérate; verás... ya sé yo

que no es posible alterar la Naturaleza convirtiéndola en boba en discreta; pero tú sabes mucho, picarilla; el cielo te ha dado la facultad educativa en su grado más alto. Cierto es que no podrás introducir las luces de la inteligencia en el cerebro de esa infeliz, pero sí algunos chispazos que se manifiesten en momento oportuno.

ATENAIIDA

Don Pánfilo, yo no sé si...

PÁNFILO

Bastará que le sugieras dos ó tres ideas sencillas, de aparente agudeza, y se las clavetees en el cerebro, enseñándole el arte de callar para que no suelte una burrada y destruya el efecto de los conceptos bien aprendidos.

ATENAIIDA

Lo haré, pero no respondo...

PÁNFILO

Nada, nada, tienes que hacerlo. Estás á nuestro servicio, y mi hermano y yo... (Cariñoso, sonriente.) te recompensaremos como mereces.

ATENAIIDA

La chica es dócil, es buena...; pero usted me pide que de un adoquin candoroso saque yo los reflejos de la madre perla.

UNIVERSIDAD DE MONTREAL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
Apto. 1666 MONTEVIDEO, URUGUAY

PÁNFILO

Para ti es cosa fácil. Eres un ser extraordinario, y te sobran luces para iluminar los abismos más tenebrosos. Pruébalo ahora mismo. Hazle algunas preguntas para que podamos apreciar la cantidad de fósforo que hay en ese cerebro.

ATENAIDA

De conocimientos elementales nada le preguntaré, porque no sabría responderme.

PÁNFILO

Trata de descubrir sus aspiraciones en el terreno de la vida social, de la vida corriente.

ATENAIDA

Protasia, ven aquí. (Se acercan las tres muchachas.) ¿Qué es lo que tú más deseas?

PROTASIA

¿Yo?, qué risa. ¿Lo que más deseo? Me da vergüenza decirlo.

PÁNFILO

Dilo, mujer, sea lo que fuere.

PROTASIA

Pues lo que yo quiero, es parecer tonta y no serlo.

PÁNFILO

(Jocoso.) ¿De modo que tú te haces más tonta de lo que eres? ¿Con qué fin? ¿Qué te propones?

CALIXTA

(Riendo.) Pescar un novio.

TEÓFILA

Apañado estaría el tal.

PÁNFILO

No se rían, que vuestra hermana ha respondido con mucha agudeza.

ATENAIDA

¿Y qué cualidades quieres tú encontrar en ese novio?

PROTASIA

(Después de pensar.) Que fuera muy guapito. (Risotadas de las dos hermanas.)

CALIXTA

Y si además de guapo fuera rico, te casarías con él.

PROTASIA

(Riendo desaforadamente.) ¡Vaya si me casaría!... ji, ji... Y le quitaría todo el dinero... pa guardarlo aquí. (Golpeándose el bolsillo.)

PÁNFILO

Muy bien.

PROTASIA

Ji, ji, y no le daría más que una peseta por semana para tabaco; ji, ji, mucho cuidado con él, no se me vaya por ahí de picos pardos. (Siguen riendo las hermanas.)

PÁNFILO

No os riáis, que ésta, bajo la corteza de su simplicidad, esconde un talento... sólido, práctico.

CALIXTA

¡Qué cosas tiene el tío!

PÁNFILO

Atenaida, ¿qué te parece?

ATENAIDA

Chispazos de picardía; de una cabeza men-
guada no espere usted otra cosa.

PÁNFILO

Pues estoy satisfecho. Creo que la chica, elec-
cionada por tal maestra, será lo que deseamos.

ATENAIDA

(Con gran curiosidad.) Pero ¿qué...? No adivino...

PÁNFILO

(Viendo entrar á Dióscoro y Alejandro por el jardín.)
Ya lo sabrás. (Empalagoso.) Tú y yo nos enten-
deremos.

ESCENA XIV

LOS MISMOS.—DIÓSCORO, ALEJANDRO

PÁNFILO

(A Dióscoro, mientras Alejandro habla con Atenaida y
las muchachas.) Estoy en ascuas. ¿Se hizo efecti-
va la entrega del dinero?

DIÓSCORO

Sí, hombre.

PÁNFILO

¿Has visto tú el dinero?

DIÓSCORO

Claro que sí; lo hemos depositado en el Ban-
co de España. Aquí tienes el resguardo. (Le mues-
tra el documento.)

PÁNFILO

(Leyendo con avidez.) Es cierto, sí; es un hecho...
Yo dudaba... Yo siempre dudo de las cosas que
no he previsto. Pues ahora, cuidate tú de atra-
par la voluntad de Alejandro para que...

DIÓSCORO

Ya estoy en ello. Pues no faltaba más. Alejandro tiene que imponer su capital en nuestra Filantrópica.

PÁNFILO

El es todo corazón; es un buenazo...

DIÓSCORO

Y no podrá olvidar los favores que en otros tiempos le hemos hecho.

PÁNFILO

Pero no hay que descuidarse.

DIÓSCORO

Ahora mismo. En casa está Hiperbolos. (Llamando á Alejandro.) Alejandro, ven.

PÁNFILO

(En voz baja, aparte á Dióscoro.) Un momento. Lo que me dijiste de Protasia, parece que no será tan difícil como crees.

ALEJANDRO

(Acercándose á ellos.) Estoy á vuestras órdenes.

DIÓSCORO

Vamos adentro.

PÁNFILO

(Abrazando á Alejandro.) Queridísimo, puedes creer que tu felicidad me colma de satisfacción. ¡Ay, qué alegría!

DIÓSCORO

Pero esa felicidad no es aún completa.

PÁNFILO

Trataremos de completarla, de redondearla...

DIÓSCORO

Ven, ven. (Le coge por un brazo y Pánfilo por el otro, y se lo llevan.)

ALEJANDRO

(Dejándose llevar.) Amigos del alma, soy todo vuestro. (Entran los tres en la casa.)

ESCENA XV

ATENAIDA, PROTASIA, CALIXTA, TEÓFILA

ATENAIDA

(Creando interpretar, por algo que ha oído, las intenciones de Dióscoro y Pánfilo.) ¡Ah, solapados egoístas! ¡Maestros de la cuquería insidiosa! Ya os entiendo; ya sé por qué infame camino queréis completar la felicidad de Alejandro. (Con calor y excitación nerviosa.) Pero eso no puede ser; eso no será. No faltará quien desbaraté vuestros artificios.

CALIXTA

Maestra: ¿Qué dices?

TEÓFILA

¿Por qué estás tan incomodada? ¿Tienes queja de nosotras?

PROTASIA

¿Te has enfadado conmigo?

ATENAIDA

No, pobrecillas. (Se sienta como si temiera un desvanecimiento.) Tengo mi cabeza... desvanecida... trastornada.

CALIXTA

(Acariciándola.) Descansa.

TEÓFILA

¿Quieres irte á tu casa?

PROTASIA

Ven á mi cuarto, y acuéstate un ratito en mi cama.

ATENAIDA

(Recobrándose.) No, no. (Llevándose la mano á la frente.) Ya pasa. Ya recobro mi serenidad... Guardad silencio, niñas... Esos ruidos...

CALIXTA

¡Si no hay ruido!

TEÓFILA

Todo está en silencio.

CALIXTA

Aquel ventarrón que tanto nos asustó, ha pasado.

TEÓFILA

Los árboles no se mueven.

PROTASIA

Ni una hoja se mueve. Y lo que es más raro, mis grillos están calladitos... Yo sé por qué no cantan ahora.

ATENAIDA

¿Por qué no cantan tus grillos?

PROTASIA

Están pensando las cosas buenas que me han de decir luego, luego...

TEÓFILA

¡Ay, qué risa!

CALIXTA

¡Qué tonta eres!

ATENAIDA

(Levantándose.) No os burléis de vuestra hermana, que en algunos casos tiene más sentido que vosotras.

CALIXTA

¿Qué oyes, maestra?

ATENAIDA

El graznido siniestro de las aves rapaces que se disputan la víctima inocente, el hombre bueno y generoso.

CALIXTA

Y eso, ¿dónde está?

ATENAIDA

(Con exaltación.) En vuestra casa, en vuestra familia. Esa caverna elegante está invadida por la Sinrazón. Respiráis el ambiente insano de la mentira, de la burla, de esa tremenda ironía que cae como un diluvio de cieno sobre estos pueblos degenerados.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

CUADRO PRIMERO

Aposento destartado en el sotabanco, donde habita la bruja Celeste. En los muebles se observa gran desbarajuste y revoltijo. Hay piezas buenas, como adquiridas de ocasión, y otras viejísimas, rotas y casi deshechas. De una percha cuelgan vestidos de señora lujosos, casi nuevos, junto á otros ordinarios y sucios. En el suelo, arrimados á la pared, se ven montones de libros, cajas vacías y llenas, cestas rotas con restos de comida, cáscaras de fruta, barreduras y desperdicios. En un testero, estante desvenecijado, donde se ven cacharros, redomas, paquetes ó envoltorios conteniendo diferentes substancias; manojos de hierbas, filtros, huesos para sortilegios y maleficios. Junto al estante, una hornilla portátil. En una ventana, abierta sobre el tejado, un plato, donde comen como buenos amigos un gato negro muy lucido y *Cachano*, el cuervo familiar de Celeste.

ESCENA ÚNICA

CELESTE, ARIMÁN

La bruja, terminado su trabajo de alquimia burda, se enjuga las manos en un trapo de arpillera, cuando entra el doctor Arimán, vestido de obrero, y sin ceremonia se sienta en un sillón de cuero.

CELESTE

No te esperaba tan pronto, Príncipe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1000 MONTESSUY. MARIC